

lo primero que se hace, antes de procederse á todas las manipulaciones que con los cadáveres se ejecutan, es depositar el cuerpo en algún objeto sobre la tierra; en este punto los alfares del Este siguen un procedimiento más sencillo que los malayos del Oeste, pues en Ceram atan el cadáver en posición encogida formando con él un envoltorio que llevan al bosque y colocan en las ramas de un árbol para recoger los huesos después de transcurridos algunos años, con lo cual indican que predomina en ellos el deseo de tener á los cadáveres lo más lejos posible. En cambio, los battas envuelven el cadáver en paños junto con las ofrendas que entre las tribus ricas consisten en dinero que se pone en los ojos ó en la boca del difunto para que, según ellos dicen, pueda el alma comprarse alguna cosa durante el viaje, colócasele después en un tosco ataúd, las más de



Un madagascarés de tipo negróide. (De una fotografía de la colección de Pruner Bei)

las veces en forma de canoa achatada (véase el grabado de la pág. 625), lo cual trae á menudo consigo que los remos sean una de las ofrendas puestas al lado del difunto. Los maanjanos ponen junto al cadáver todos los objetos de valor que en la casa del muerto se encuentran. También se espolvorea el cadáver con sal y alcanfor y se le rocía con la sangre de un gallo encarnado, hecho lo cual se cierra fuertemente el ataúd que se deja por espacio de algunos días, en medio de los lamentos de las sacerdotisas ó de mujeres ancianas, en la cabaña ó debajo de un cobertizo construido exprofeso en donde cada noche se llevan nuevos manjares al difunto. El enterramiento debía hacerse lo más pronto á los tres días de acaecida la muerte, como lo hacen los maanjanos de Borneo, ó á los cuatro según lo verifican los battas pobres; pero con mucha frecuencia permanecen los cadáveres sobre la tierra mucho más tiempo, á veces un número de años que puede depender así de las ideas que se tienen acerca de la suerte de las almas de los difuntos como de los cuantiosos dispendios que hay que hacer con ocasión de los grandes funerales últimos. La duración de la permanencia del cadáver sobre la tierra depende también del rango que tenía el difunto. Entre los lamponges los cadáveres de los caudillos son expuestos por espacio de 3, 7, 40, 100 y 1.000 días celebrándose después anualmente banquetes funerarios. Lo propio sucede en

Java, en Malaca y en las Filipinas, en donde se ofrece á los muertos especias, flores y otras cosas exquisitas y se cuelga del sarcófago una cáscara de coco con bebidas refrigerantes. Las costumbres que en materia de sepelios siguen los habitantes de Filipinas coinciden en parte exactamente con las que acabamos de describir. Los alfares de las islas orientales llevan á los sepulcros las primicias de la pesca cuya venta está prohibida. Por vía de excepción encontramos la costumbre que prevalece entre los milanos de Borneo, por ejemplo, y que consiste en depositar en el ataúd armas, manojos de sirih, cañones de bronce (que son la moneda de este pueblo) y vestidos y enterrarlo luego por espacio de tres días, tiempo durante el cual el difunto, según se cree, se prepara para el viaje. Transcurrido este plazo, Balu Adad, la mujer hermosa, entra en posesión del espíritu y lo conduce al otro mundo. Pero también en estas tribus del Norte de Borneo los restos de los cadáveres de los caudillos que resisten á la descomposición son encerrados en un jarro y metidos en un poste hueco de madera de hierro elegantemente labrada. Estos mausoleos son á menudo de grandes dimensiones y están esculpidos primorosamente, y como aquella clase de madera es poco menos que indestructible los hay cuya existencia puede datar de algunas generaciones. Algunas veces el catafalco que se construye sobre el suelo afecta, como el sarcófago, la forma de una embarcación. Bock vió en la casa de un caudillo de Longputi (Sudeste de Borneo) suspendido entre cuatro estacas un ataúd en forma de barca cuyos cuatro costados estaban pintados con líneas onduladas blancas, encarnadas y negras; en la cubierta había colocada la faja que solía usar diariamente el difunto y de un extremo pendía un trozo de madera labrada representando un animal que había de proteger al muerto durante su viaje al cielo. Delante del sarcófago alzábanse á ambos lados dos postes de bambú con antorchas de resina de Dammar. Junto al cadáver había continuamente un centinela y diariamente se colocaban en el sarcófago viandas y bebidas para el caso de que el difunto sintiera hambre. La tapa del ataúd estaba herméticamente cerrada con una pasta de cautchú, de modo que el cadáver, á pesar de haber transcurrido catorce días desde la defunción, no despedía ningún mal olor. Ignóbase todavía cuándo tendría lugar el entierro, pues se decía que antes quería esperarse algún fausto suceso, como por ejemplo una buena cosecha de arroz y quizás también el apresamiento de algunas cabezas. Muchos battas proceden menos cuidadosamente con los restos que quedan después de la cremación de los cadáveres: realizada ésta, recógense ceniza y tierra todo junto y con ellas se llena un recipiente de madera redondo que es enterrado en el bosque y del cual nadie vuelve ya á acordarse. Lo único que se hace es mantener limpio el sitio en que se enterró.

A la conservación de los cadáveres va unida entre los sihonges de Borneo otra costumbre que aparece también en algunos puntos del territorio malayo y aun en Madagascar y según la cual el sarcófago es colocado en un túmulo y tiene en el fondo un agujero al que va enclavado un bambú cuyo extremo inferior llega hasta la boca de un puchero de tierra en el cual se recogen las partes líquidas del cadáver en descomposición. Al cabo de 49 días se retira el cacharro en medio de gran algazara viniendo uno de los hombres obligado á mirar en su interior y si en él se encuentra demasiado líquido fétido se aplica un castigo á los parientes del muerto. La creencia de que los gusanos que se forman constituyen el alma no la encontramos aquí pero aparece así en Madagascar como en otros puntos del archipiélago. Las almas

se presentan también en forma de orugas. El cacharro y el sarcófago son luego herméticamente cerrados y guardados en la casa hasta la *djamá*. Durante los 49 primeros días el cadáver es velado y como con ocasión de ello se juega y se divierten los veladores hay siempre aficionados á hacer estas guardias de honor. Dos veces al día se colocan manjares junto al sarcófago que se dejan allí por un momento siendo después arrojados á los cerdos. Una vez al día, por lo menos, han de exhalar los lamentos funerarios. Durante estas ceremonias se quema gran cantidad de incienso.

El período que media entre la muerte de una persona y su sepelio definitivo cuyo objeto es proporcionar descanso al alma que hasta entonces no ha tenido punto de reposo, es crítico para toda tribu malaya. Desde el momento en que los sordos y acompasados golpes de garangtong anuncian á la aldea un fallecimiento queda ésta declarada *lawen*, impura, y sus habitantes han de practicar determinados actos. Por de pronto se truecan en cierto modo las horas del día, pues partiendo del principio de que las almas de los difuntos vagan sin descanso por la aldea hasta la celebración de los funerales y de que envidiosas de los vivos causan á éstos toda clase de males y considerando que la noche es el día para las almas de los muertos y que durante la misma no dañan á nadie, todo el que por cualquier causa haya de salir de la aldea tiene que abandonarla antes de la salida del sol; si sale de ella más tarde, nadie puede hablar con él y todos evitan su presencia. Las mujeres se tapan el rostro y prorrumpen en las lamentaciones mortuorias. La defunción es considerada como una pérdida para toda la aldea y demuestra la unión íntima que existe entre los habitantes de la misma. Por esta razón se da gran importancia á que el que fallece muera en su propia casa y si muere fuera ha de ser necesariamente conducido á la aldea de donde es oriundo.

Como signos exteriores de luto hay el raparse la cabeza, los turbantes blancos entre los mahometanos de las Sulus y el taparse la cabeza entre las mujeres lloronas. Entre los maanjanos, que llevan 49 días de luto por un adulto y 7 por un niño, la familia del difunto no puede durante este tiempo comer arroz teniendo que contentarse con un carrioso llamado *djilai*, de color negruzco y de olor y sabor poco agradables. Está prohibido pronunciar los nombres de los muertos y en algunas tribus ni los vivos pueden pronunciar los suyos propios porque el nombre es fadi; de suerte que si se les pregunta cómo se llaman contestan cualquiera otra cosa distinta. Ellis cita como rasgo saliente del carácter de los hovas su afán por evitar cuanto pueden hasta el recuerdo de los fallecidos.

Es indudable que antiguamente los sepelios traían consigo casi en todas partes los sacrificios humanos (véase página 628) y es de creer que los que más cruelmente los hacían eran los milanos que ataban á un esclavo á un poste del sepulcro y lo dejaban morir de hambre para que en el otro mundo pudiera ser también criado de su amo. Antiguamente en el juego toping de los battas de que hemos hablado en la pág. 632 tomaban parte activa dos esclavos cuando el ataúd no había sido aún enterrado, pero mientras hacían sus payasadas se les daba muerte y sobre sus cuerpos, colocados uno á cada extremo de la tumba, se depositaba el sarcófago. Hagen relaciona también con ello la antropofagia diciendo á propósito de los battas: «El mismo sentimiento que les impulsa á conservar en su propia casa los restos de sus antepasados y que considera como castigo supremo el abandono de las cenizas de los muertos, este mismo fenómeno psíquico puede, por otra parte, ser causa de que á los peores criminales y á los más

odiados enemigos se les infiera el mayor insulto destruyendo de la manera más completa y deshonrosa su cadáver, es decir devorándolo. El miedo que inspira el alma errante del ejecutado puede también haber contribuido á generalizar la costumbre de que todos intervengan solidariamente en la ejecución comiendo un pedazo del cuerpo de la víctima.»

CAPITULO XXI.

RELIGIÓN DE LOS MALAYOS

«Demonismo en el cual desempeña un papel importante el culto de los antepasados.»

BASTIÁN.

Religión natural ó creencia en los antepasados?—Preponderancia de esta última.—Las llamadas estatuas fetiches.—Creencia en las almas que profesan los negritos.—Prueba de la mucha antigüedad de la misma.—Complicadas teorías sobre las almas.—Culto de los cráneos y de los huesos.—Adoración de cacharros antiguos.—Culto de los árboles.—Adoración de los animales.—Hombres tigres.—Superstición respecto de los tigres.—Pluralidad de espíritus.—Espíritus buenos y espíritus malignos.—Espíritus visibles y espíritus invisibles.—Amuletos y reliquias.—Creencia de los alfares en el Gankan.—Mitología malaya.—Divinización de los hombres.—Vaguez del ser supremo.—Batara Guru.—Fundamentos siwahistas y budhistas.—Kaloé.—Dios de la guerra.—Espíritu del mar.—Sol y luna.—Espíritu de los terremotos.—Leyendas mitológicas.—Idea del otro mundo.—El sacerdocio.—Hechiceros.—Sacerdotisas.—Fe y superstición.—Lugares destinados al culto.

La parte principal de las ideas religiosas más antiguas que constituyen entre los malayos, del mismo modo que en Polinesia, la adoración religiosa de los antepasados mezclada con una profunda fe en los elevados espíritus y con un poco de hechicería y un mucho de supersticiones. Con razón llama Bastián á esta religión «demonismo en el cual desempeña un papel importante el culto de los antepasados.» En este concepto andan equivocados los que hablan de una religión natural como fundamento de las creencias religiosas de los malayos modificadas más tarde por influencias indias y mahometanas. Esta expresión «religión natural» únicamente puede aplicarse á una parte de las manifestaciones de la necesidad de adoración que abarca muchas cosas y que se aferra á los más distintos objetos y fenómenos de la naturaleza y de la vida humana. Que la naturaleza tenga en ello una preferencia especial ó que sea históricamente más antigua y constituya, por ende, la raíz de donde surgió el tronco de la fe ó de la superstición, cosas son que ni han sido demostradas ni parecen verosímiles, antes bien hemos de ver que el culto de los antepasados y sobre todo la adoración de las almas tienen mejores derechos que todo otro principio á ocupar esta situación de superioridad. Al lado de este culto y de esta veneración sólo puede ser tenida en cuenta la naturaleza en cuanto ofrece al espíritu de estos pueblos algunas preguntas cuya contestación ha de buscarse en la esfera de lo sobrenatural; para esta investigación hay caminos determinados por los resultados de experiencias y conclusiones anteriores, conociéndose en general de antemano la contestación que sufre en cada caso especial insignificantes variaciones que se mueven dentro de la antigua rutina.

Difícilmente escapa á los malayos la menor particularidad de la naturaleza, pero sus observaciones sólo sirven para poblar á ésta de nuevos espíritus salidos del culto de las almas y para conquistar nuevos amuletos y objetos que despiertan temor ó veneración. Todo objeto que de una manera inexplicable aparezca en un sitio en donde no se

esperaba hallarlo es infaliblemente declarado amuleto. Un cazador dice á una piedra que encuentra en su camino: «Ayúdame hoy á coger gallinas de maleza» y si su petición da buen resultado la piedra es un fetiche para él y quizás para toda la aldea. Con preferencia son convertidos en amuletos las piedras ú objetos á ellas parecidos que se encuentran en el estómago ó en los intestinos de algunos peces, pájaros ó búfalos y algunas veces de ciertos hombres, las excrescencias resinosas de los árboles que afectan determinadas formas, una concha, una raíz de árbol ó una piedra de forma ó color extraños, un fruto que por enfermedad tiene una configuración rara y á veces también un hueso de fruta de extravagante aspecto. Y como cada cual lleva consigo un amuleto y á ser posible varios, de aquí que la necesidad aguce la vista. En la elección de amuletos no se atiende únicamente á que sean portátiles, así es que las montañas son consideradas como dragones y monstruos, las rocas aisladas y las cúspides de las colinas se suponen habitadas por los espíritus y los cráteres de los volcanes pasan por ser los lugares en donde se aplican los infernales castigos. Metzger refiere que habiendo querido explorar el cráter del volcán javanés Tjerimai, de unos centenares de pies de profundidad, no consiguió que le ayudaran ó acompañaran algunos indígenas hasta que hubo apaciguado á los espíritus del cráter con algunas monedas arrojadas en aquel abismo. También observó que ningún indígena se atrevía, á menos de que le apurara mucho la necesidad, á satisfacer en aquel sitio una necesidad natural prefiriendo descender al pie de la montaña y volver á subir á la cima; y cuando á alguno le era imposible de todo punto evitar este que para él constituía pecado reunía los excrementos en un bambú, cosa abiertamente contraria á las costumbres de Java, en donde no hay cacharro alguno destinado á este uso, y los llevaba con mucho cuidado fuera de los límites del territorio en donde reinaba el príncipe del cráter. Durante el período indostánico construyéronse en las cúspides de las montañas volcánicas javanasas grandes templos y la historia de las misiones en Filipinas refiere que en 1592 ocurrió una conversión en masa á consecuencia de la feliz ascensión al volcán Albay (Camarines) realizada por dos frailes franciscanos que fué considerada como un milagro. En las Molucas es creencia casi general que los bosques son residencia de malos espíritus, razón por la cual al roturarlos se deja siempre en pie el último árbol para no irritar demasiado á los espíritus que se han ido refugiando en él. En las Celebes abundan las narraciones terroríficas acerca de los espíritus y de las serpientes colosales que habitan en la cúspide del Sinalu de forma extraña, y en el Norte de estas islas en donde existen tantas grutas se cree que cada una de éstas sirve de residencia á un espíritu por lo menos, lo cual permite suponer que las cavernas, los bosques solitarios, las montañas y los promontorios son utilizados como cementerios.

Bajo muchos aspectos preséntanos el culto de los antepasados como el rasgo más saliente del sistema religioso de los pueblos malayos y esto aparece tanto más claramente cuanto más se sustrae este sistema en las últimas capas al perfeccionamiento mitológico de la teogonía polinesia, á la admisión de los elementos indios y á la parcialidad de las influencias mahometanas. El peso del culto de los antepasados se deja sentir también exteriormente, pues los pueblos que no poseen imágenes de dioses ni ídolos llegan hasta el punto de fabricar figuras de piedra ó de madera en conmemoración de las almas de sus mayores (véase el grabado de la pág. 629), y delante de estas estatuitas toscamente labradas que los igorotes denominan *anitos*, pres-

tan esas gentes sus juramentos y se entregan á otras prácticas religiosas. El *Pangulu-Balang*, estatua de piedra de los battas, ha dejado de ser hace largo tiempo para muchos de sus adoradores una imagen de antepasado para convertirse en verdadero ídolo; aun cuando en otro tiempo pudiera haber poseído cada familia su pangulu-balang especial, como lo encontró Hagen en los países battas septentrionales, á medida que fué aumentando la agrupación pasó aquél á ser dios tutelar de todo el kampong. Y si bien quizás antiguamente á la muerte del padre el hijo mayor colocó en la cabaña matriz su estatua de piedra, en la actualidad ven los epigonos toda una generación encarnada en los monumentos.

El alma del difunto cambia á menudo de cualidad al cabo de pocos años, así es que si poco después del fallecimiento vuelve á la casa para permanecer como espíritu tutelar en un sitio determinado en el que nadie puede dormir, como sucede en Ternate, más tarde se reúne con otras almas muertas tiempo há en la mansión especial de los espíritus. Hasta qué punto el carácter de fetiche se deja sentir en estos ídolos demuéstrole el hecho de que cuando desoyen las súplicas que se les dirigen ó son causa de cualquier otro desengaño se les sustituye inmediatamente por otros y si bien los primitivos no pueden ser destruidos nadie hace caso de ellos y se les considera como «malos» á pesar de lo cual no hay quien se atreva á tocarlos, porque la venganza de los espíritus persigue al que ha turbado su calma. Según el grado de veneración que se les profesa, reciben alimentos mensual ó sólo anualmente; en este último caso el acto va acompañado de muchas ceremonias, así por ejemplo en Tobah todos los habitantes de la aldea se encaminan hacia donde se encuentra su pangulu-balang llevándole como viandas propiciatorias una gallina de color, arroz y sirih, y suplicándole todos juntos que les proteja contra cualquier desdicha ó peligro. Únicamente en estos días escucha el pangulu-balang las plegarias que se le dirigen, pudiendo ser completamente preterido durante el resto del año según es de ver en lo que Hagen dice hablando del kampong Tinging, en el lago Tobah: «En la pared lateral de una puerta de salida ví incrustada una tosca imagen de piedra que representaba un hombre sentado de la mitad del tamaño natural y en la coronilla de la cabeza ostentaba dentro de un óvalo la figura de un lagarto ó de un cocodrilo: era lo que se suele allí llamar un pangulu-balang. Habiendo preguntado cuál era el pangulu-balang que entonces estaba en uso me condujeron fuera de la muralla de la aldea á un pequeño espacio en donde crecían dos hermosos árboles nudosos, entre los cuales se alzaba á modo de altar un embaldosado bajo y cuidadosamente construido; detrás de éste aparecían clavadas en el suelo 3 ó 4 de estas cabezas de piedra toscamente labradas, cubiertas hasta la altura de un pie con hierbas y enredaderas de tal manera que á los mismos habitantes de la aldea costóles algún trabajo descubrirlas.» Las sepulturas son universalmente consideradas como lugares sagrados; las gentes procuran no pasar cerca de ellas porque creen que esto les traería desgracia y por otra parte se dirigen á ellas para implorar el favor de los espíritus que á su alrededor vagan y cuya benevolencia tratan de conquistar con toda clase de sacrificios. Los sarcófagos de piedra con tapas ricamente esculpidas (*tivukar*) que en otro tiempo servían de sepulturas en el Minahassa, demuestran la importancia que se daba á que la mansión de las almas fuera lo más sólida posible: estos objetos son los únicos de carácter monumental que en todo este territorio encontramos.

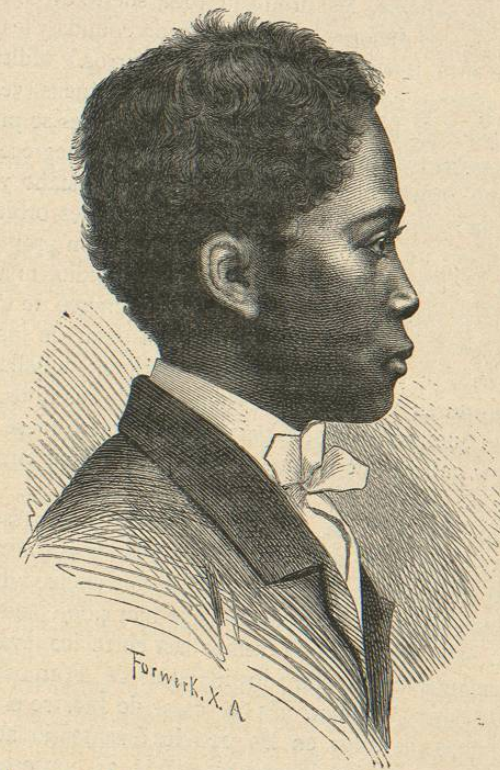
En todos aquellos casos en que es posible investigar el

origen de estos ídolos ó fetiches malayos, encuéntranse siempre al fin de la investigación las imágenes de los antepasados y cuando éstas no aparecen de un modo claro, se ve, sin embargo, que aquéllos no son imágenes de sus divinidades sino más bien talismanes ó amuletos. Los igorotes del Norte de Luzón, por ejemplo, no tienen nada que pueda considerarse como imagen de sus divinidades, ninguna figura que sea objeto de veneración divina; esto no obstante, colocan delante de sus graneros dos estatuas imitando groseramente figuras humanas, que designan como imágenes de dos antepasados célebres y á las cuales confían la defensa de su arroz, dándoles al verificarse la recolección un poco de harina de arroz en prueba de agradecimiento. Hans Meyer vió delante de muchas cabañas del centro de Luzón una tacita con viandas para los anitos y á menudo también pequeños bancos para que éstos descansaran. Una leyenda que nos refiere Villaverde no deja lugar á duda alguna respecto de la naturaleza de estos ídolos. En otro tiempo — dice — vivía un matrimonio cuyas almas, algún tiempo después de su muerte, fueron á visitar á los parientes y amigos, pero cuando éstos no pudieron soportar los gastos que las tales visitas les ocasionaban pusieronse aquéllas nuevamente en camino y se establecieron en una de las montañas de los mayayahos, al Oeste de Sagayán. Mientras el alma del hombre se sentó á descansar en una piedra á la sombra de un árbol, un pájaro posado en las ramas de éste dejó caer algunos excrementos sobre su cabeza en la que nació un árbol, llamado *balisi*, con cuya corteza confeccionan sus delantales los igorotes pobres. El árbol adquirió extraordinarias proporciones, extendiéndose sobre el igorrote que estaba sentado. Las imágenes de este matrimonio son en la actualidad los ídolos de los igorotes. Es digno de notarse que en esta leyenda se relacione la adoración de los árboles y especialmente la del *balisi* ó *baliti* (*Ficus indica*) con el culto de los antepasados.

Estos ídolos son entre los battas imágenes de piedra que modelan los gurus en una piedra blanda y que generalmente representan una cabeza toscamente labrada y sostenida por un pie en forma de punta angulosa de un pie de alto. Cuando se quiere que el pangulu-balang tenga especial eficacia, el guru practica en él, casi siempre en el pie puntiagudo, un agujero que vuelve á tapar cuidadosamente después de haberlo llenado con una pasta mágica hecha con los intestinos, los labios, la nariz, los ojos y las orejas de un hombre que haya sucumbido en la guerra. Por este medio el pangulu-balang recibe su alma. Esta superstición está tan arraigada que dichas imágenes han sido halladas así en las casas de los mahometanos como en las de los paganos, lo cual prueba, además, que no son personificaciones de seres supremos. Los bastones cincelados con multitud de figuras de animales arrollados en ellos les sirven á los battas no sólo de bandera de guerra sino que en manos de los gurus constituyen más á menudo un medio para curar enfermedades; el que atentamente aplica á ellos el oído puede percibir las confusas voces de las almas en el interior de los mismos (véase el grabado de la pág. 578).

Lo poco que sabemos acerca de la religión de los negritos se refiere también casi exclusivamente, y no por casualidad, á las creencias en las almas. Uno de los primeros pasos que dan los misioneros españoles para atraer á estos salvajes al cristianismo es hacerlos establecer en las llanuras en donde se les puede vigilar más fácilmente y en donde ellos y sus rebaños están bajo el amparo de la fuerza armada. Cuando los misioneros les excitan á que abandonen sus selvas para vivir en las llanuras como los cristia-

nos, contestan: «No queremos abandonar los lugares en donde habitan los espíritus de nuestros antepasados.» Además de esto, sienten los negritos gran terror hacia los sitios en donde ha muerto alguno de los suyos. Después de haber cubierto el cadáver con una ligera capa de tierra y cerrado todos los pasos que dan acceso al lugar en donde aquél yace, abandonan la comarca y transmiten la noticia á todas las tribus vecinas; á partir de ese momento todo el que se atreve á pisar el lugar evacuado es por ellos castigado con la muerte. El hecho de que entre los lubus que á tan bajo nivel de cultura se encuentran se mencione como resto único de religión la creencia en las almas, no es debido puramente á la casualidad. Estos salvajes oyen al morir alguno de ellos cómo el espíritu se escapa dejando oír un tenue silbido; el que muere sin que se perciba esto está



Un madagascarés de tipo negroide. (De una fotografía de la colección de Pruner Bei)

simplemente muerto y no le sobrevive ningún espíritu. En todas las demás tribus filipinas acerca de las cuales poseemos datos más concretos aparece de la misma suerte la adoración de los antepasados; entre ellas se oye con frecuencia decir que los *anitos* y los *nonos* (así denominan los tagalos y sus afines á los espíritus de sus mayores) salieron de las almas de aquellos que murieron siendo abuelos. Y mientras la mayor parte de los anitos están algún tanto desatendidos, el anito del jefe del pueblo es temido y recibe los más ricos sacrificios.

No es muy aventurado afirmar que la creencia en los antepasados ha engendrado la embrollada doctrina de las almas de los malayos, porque ¿en qué otra cosa podría haberse fundado esta pluralidad que atribuye á cada hombre siete almas, según Warneck, ó tres, según Hagen, que ora viven dentro de él, ora fuera, aunque siempre íntimamente relacionadas con la vida del alma interna? Cuando oímos decir que las almas malas consiguen el descanso después de haber sido destruída por siete veces la forma en que han nacido, claramente aparece demostrada en ello una mala inteligencia de la emigración de las almas á la que se debe esta pluralidad de las mismas. Témesese no sólo á las almas libres de los que han muerto, sino también á las